



# Más allá de los Hilos de Plata

Lara Biyuts



Lara Biyuts

**Más Allá De Los Hilos De Plata**

«Tektime S.r.l.s.»

## **Biyuts L.**

Más Allá De Los Hilos De Plata / L. Biyuts — «Tektime S.r.l.s.»,

Ambientada en San Petersburgo, Más allá de los hilos de plata es una historia de las aventuras nocturnas de un estudiante y, posteriormente, de su primera vez, tanto buena como extraña. Situada en San Petersburgo, la ciudad bastante cosmopolita, Más allá de los hilos de plata es sobre un joven llamado Vadim que tiene el apartamento de su tío a su disposición para las vacaciones de invierno. La languidez de la Juventud le impulsa a salir, en la noche despejada. En la calle, se encuentra con su viejo amigo, y más tarde, en la noche, tiene su primera vez. El tiempo de la historia es el mismo que el de la Regencia en Inglaterra. Romance histórico. Suave erótico. Aventura paranormal. El cuento de hadas de invierno tiene algunas críticas. "Tejido con la ayuda de la rica y encantadora combinación de historia y emociones humanas, este tapiz literario es la mejor ficción histórica y aventura paranormal de todos los tiempos." (Vlad Anghel, goodreads.com)

# Содержание

I	6
II	8
III	10
IV	11
Конец ознакомительного фрагмента.	14

# **Lara Biyuts**

## **Más allá de los Hilos de Plata**

**MÁS ALLÁ DE LOS HILOS DE PLATA**

**Por**

**Lara Biyuts**

**Traducido por Arturo Juan Rodríguez Sevilla**

**Publicado por Tektime**

**Copyright @ 2020 – Lara Biyuts**

*Un golpe de dados jamás abolirá el azar.*  
*Stéphane Mallarmé*

*Ya es la hora bruja de la noche;  
bosteza el cementerio, y con su aliento el infierno  
contagia al mundo. Ahora puedo beber sangre caliente,  
y cometer maldades que, al día, si las viese,  
le harían temblar.*

*Shakespeare*

## I

Silencio. Si alguno de los jóvenes imaginativos y lectores observadores o meros espectadores de cualquier edad quisiera perderse en pensamientos y reflexiones, este apartamento habría sido el lugar más apropiado del mundo. Más o menos polvoriento, aquí y allá pintoresco, la intrincada topografía de este apartamento de siete habitaciones era más o menos interesante para toda una gama de amantes del arte de la época descrita. Todas las habitaciones tenían ornamentos igualmente extraños de los que hacían suponer que el apartamento no era la pacífica morada del estimado clérigo, consejero privado del Imperio Ruso, sino el *pied-à-terre* de un joven chivo expiatorio o la guarida de un colonialista británico. Muchas otomanas adornadas y vestidos tallados, alfombras y cortinas multicolores, farolillos, espadas de aspecto anticuado, vajillas esmaltadas, bandejas y algunas baratijas y rarezas cuyo origen precedía al ascenso del cristianismo en varios siglos. Todos los utensilios domésticos, mesas, camas y lavabos estaban cuidadosamente cubiertos con fundas plegables decoradas por todas partes con dragones dorados, pues ese era el gusto del tío Anton Korsak, cuyo apartamento estuvo a disposición de su sobrino por un tiempo, y donde el sobrino, de nombre Vadim, se sintió enjaulado y acechado por algunos pensamientos, visiones y sueños oscuros. ¿Y cómo era su tío en persona? El tío estaba fuera, en el extranjero, en busca de más botín de la misma ralea.

Como algunos nativos de esta parte del mundo, el tío de Vadim se marchitaba en primavera, sufriendo enfermedades e indisposiciones estacionales, y florecía en otoño, época en la que se animaba, moviéndose así definitivamente en sentido contrario a las agujas del reloj, o más bien en sentido opuesto al año mismo, pero curiosamente orientado a los solsticios del año; además, el tío decía que el frío invernal era saludable para él y que cada otoño se sentía joven de nuevo y sus deseos volvían a ebullición. Entonces, mientras el tío estaba en el extranjero, su sobrino vivía una vida de ensueño en aquellas habitaciones atestadas y extravagantes.

Los sueños de la última noche no habían abandonado todavía la mente de Vadim, debilitando, junto con la solicitud, ese vívido recuerdo del incidente del día anterior, brillante y destacado como un puñal haciendo brotar su sangre en la mañana y haciéndolo languidecer. Según leía la carta el desaliñado quinceañero, harto de dormir y con su cabello acaramelado hecho un batiburrillo, una ligera mueca de disgusto cruzó fugazmente su cara regordeta, con mejillas sonrosadas y labios de fresa. Un momento más y su mirada empezó a vagar por la espaciosa habitación que parecía a la vez exuberante y descuidada a la escasa luz de la mañana del invierno nórdico. Entonces, su mano dejó caer la carta y el pesado papel de la regencia, de color dorado y bordeado de oro, y cayó al suelo como una paloma blanca enferma. Acostado boca arriba, parecía deprimido, con sus ojos grises parpadeando ansiosamente, emitiendo una alarma secreta. El tono aburrido de su primo lejano, el conde Félix, y la cara sonrosada de su prima lejana, Annette, que le hacía ojitos; a continuación, las charlas picantes con su amigo Lodie Chartoborsky, seductoras e indolentes, y luego todos ellos, como cualquier imagen tras un telón, fueron eclipsados en su mente por la sonrisa, bella y traviesa, de la imagen que permanecía en el deteriorado cuadro del salón del conde Félix, de aquella que estaba extrañamente viva en los sueños de Vadim, la hermosa bruja de seda blanca, con la eterna belleza de muchos rostros bajo el extraño y fatal nombre de «Manon Lescaut». La bella dama de la imagen malograda, el día anterior, en la víspera del día de Reyes, tenía otro nombre que habían puesto también a un tipo de sofá, pero Vadim prefería llamarla Manon Lescaut.

—Señor, debe levantarse —dijo el mayordomo Mitrich. El físico del anciano con su usual voz ronca impresionó a Vadim, como un fantasma matutino que al final resultase el abogado de la familia, que venía a hablar sobre el lamentable estado de su herencia. El difunto padre de Vadim, el consejero privado anciano y viudo, solo dejó a Vadim una pensión, una pequeña casa en el campo y seis cuentas de préstamo del Estado —en realidad, lo mejor que el anciano viudo hizo por su único hijo fue inscribirlo en el Liceo Imperial, lo que le dio a Vadim el uniforme que le permitía entrar a algunas

asambleas y espectáculos de ballet, en los que podía socializar y convivir con estudiantes y otras personas que eran mucho mayores que él—. Vadim se levantó de la cama y fue al lavabo que había detrás del biombo japonés.

Mientras se vestía, interrogó al mayordomo sobre el estado de la sencilla hacienda de su tío, de la que estaría a cargo durante la temporada de invierno. Después de encender el fuego en la estufa de cerámica holandesa, el sirviente se fue y Vadim terminó de alisarse el uniforme de estudiante del Liceo, su vestimenta habitual, y finalmente comenzó a peinarse. El mayordomo trajo una bandeja con el desayuno.

El viejo sirviente era claramente un despropósito andante y, para colmo, un ignorante que nunca supo que «no solo de pan vive el hombre... también de postre» (y este escritor no tiene intención de disculparse ante los lectores por la falsa cita). Agitando el plumero sobre todos los muebles, el mayordomo se fue murmurando palabras de desaprobación sobre los nuevos tiempos.

El gran pedazo de pastel de papa estaba frío y seco. Esto le cortó el apetito completamente, y Vadim sintió que la languidez del sueño volvía a invadir su cuerpo, el aire suspendido del apartamento le causaba un estado de somnolencia en la mente, aunque Vadim no sufría de insomnio a esa hora en que, como dijo el poeta:

cesa el estrépito del día en torno al hombre, y a las mudas calles del  
pueblo, clarísima, desciende la sombra de la noche.

Tenía mucho tiempo libre. Se acercó a una ventana, y pudo ver a través del cristal enmarcado de escarcha la gran nevada que había afuera y a un transeúnte que caminaba rápida y afanosamente por la calle lateral. Imaginó la helada fuerte y el pronto crepúsculo. Una de las pocas diversiones disponibles en el interior era pasear de esquina a esquina, así que empezó a caminar por la casa.

El periódico *Northern Bee* de cinco días antes seguía sobre la mesa de juego; el último éxito, *Vyzhigin*, de Faddey Bulgarin, descansaba en la silla Windsor; y la estatuilla del querubín dormido en la estantería custodiaba negligentemente otros libros, pero Vadim no necesitaba ni sueño ni alimento espiritual.

En su ociosidad, Vadim se movía de una habitación a otra, abriendo las cortinas de las puertas y dejándolas balancearse hasta detenerse a sus espaldas. La escasa luz diurna se reflejaba en las infinitas facetas de la escarcha sobre los cristales de las ventanas. Tras hacer una parada en la ventana, Vadim prosiguió con la ronda de las habitaciones, deslizándose silenciosamente sobre las alfombras. Se detuvo ante una puerta, miró a su alrededor y la abrió. Despacio, dio con un pie el primer paso como si se adentrara en el misterio, hacia sus propios sueños, hacia otra persona.

## II

Pero no había nadie, y la habitación no era un lugar prohibido. Espaciosa, con dos divanes orientales a lo largo de las paredes con tejido de damasco, sin escritorios ni estanterías, la llamaban estudio, por alguna razón. Sin motivo aparente, Vadim estuvo caminando durante un rato, pasando los dedos por encima de la línea de antiguos *chibouques* en el estante de bronce, calentando sus manos en la cálida estufa de cerámica, observando distraídamente el simple adorno de los azulejos en forma de diminutas iglesias azules sobre fondo blanco. Luego se acercó a un viejo cofre con un elegante espejo ovalado oscilante en la parte superior, el espejo roto y deslucido reflejaba servilmente su semblante melancólico, partiendo su pecho en dos —lo tanteó con las manos, el lustroso objeto de palisandro era grande pero no demasiado pesado— y lo levantó de la tapa del cofre. Lo colocó sobre una pequeña mesa redonda frente al diván, se recostó sobre las almohadas de seda y levantó la mirada, porque la pared y un cuadro se reflejaban en el espejo agrietado.

El cuadro llevaba un cortinaje; se decía que era una copia de la famosa *Odalisca* de Karl Brulloff, una bella mujer desnuda, sentada y a punto de vestirse con la ayuda de un esclavo feo de piel oscura. Antes de irse, el tío había enganchado los dos lados de la cortina, y solo se podía ver la cabeza de cabello negro de la Odalisca y un trozo del fondo. Al principio, Vadim se resistió al poder de los ojos oscuros de la mujer de piel blanca, pintada y a través del reflejo, por tanto doblemente falsa, diciéndose a sí mismo que había demasiados engaños en su contemplación de aquel objeto de arte, pero pronto no pudo apartar los ojos de aquella cara lívida, y le pareció que ahí, encaramado en los cojines, estaba observando la vida de alguien, como espiando a través de una antigua ventana. Tenía calor, la almohada de seda era agradablemente fresca; y dos estatuillas altas y esmaltadas de dos jóvenes indios, sentados con las piernas cruzadas en la parte superior de dos columnas tras los brazos del diván, eran como centinelas silenciosos para su languidez de ensueño. Vadim suspiró y comenzó a pensar en uno de sus poemas recientes.

Tintineo de llaves, cae la cadena; una puerta antigua se abre, los sueños  
murmuran,  
conjurando, encantando; pensamientos más oscuros que miradas y  
palabras  
más suaves que la nieve al caer; no se cansan del silencio, en ningún  
momento,  
en algún lugar, en una puerta, chimenea o cachimba, a sotavento, a  
barlovento,  
en la vieja casa con los errores y dolores,  
siempre estuvo listo para los sueños. El zumbido blanco  
fuera de las ventanas; es enero en el puesto de preparación.

En la contemplación del doble engaño del cuadro a través del viejo espejo, Vadim pasó algún tiempo tumbado en el diván hasta que la sed y el hambre lo obligaron a levantarse e ir en busca de lo que llamaban comida y bebida en esa casa; luego regresó al enrevesado engatusamiento de las cosas viejas y pintorescas. Sin mirar el cuadro, se echó en el diván y se quedó soñando hasta el crepúsculo.

Era tan agradable contemplar el abigarrado refinamiento de los indios esmaltados, sus expresivas cabezas con turbantes dorados y sus coloridas ropas orientales, sus pantalones bombachos, atados con cintos verdes con pequeños corazones azules, dorados en los tobillos y sobre las rodillas; de hecho, los pantalones rojos eran de dos tonalidades, la parte superior de las rodillas era púrpura adornada con flores doradas y verdes, y la inferior era escarlata sin ornamentos; sus chalecos cortos sin mangas y de cuello bajo estaban adornados con violetas brillantes a rayas doradas y verdes;

sus zapatos violetas y verdes sobresalían debajo de sus piernas cruzadas; los brazos morenos tenían brazaletes dorados y los turbantes dorados tenían púrpura en la parte superior —indudablemente, era agradable e incluso divertido contemplar estas estatuillas hábilmente labradas, y fantasear sentado en la oscuridad, pero no hoy—.

Los sueños, las plantas carnívoras que se colaban en el corazón, floreciendo ahí, flotando alrededor de los humanos como el humo de una cachimba; igual que el humo, los sueños se enroscaban y ramificaban para acabar desapareciendo. Las campanas sonaron suavemente; la figura china del pastor se inclinó ante su enamorada china seis veces, porque, según los mecánicos de Hamburgo, cada hora se celebraba con un beso. Cuando el pastor regresó a su cabaña de bronce, Vadim suspiró de nuevo.

Las aristas de las cosas y los muebles se difuminaban, fusionándose con el fondo oscuro y solo la cara blanca era distinguible vagamente en el espejo agrietado. Entonces, le pareció que el retrato se movía.

Las esquinas de los labios temblaban, y reconoció la sonrisa del día anterior de la señora, mirándolo desde el cuadro de la pared mientras se comía su porción de tarta de almendras en la mesa. Se sonrojó como una rosa. «¡Maldita bruja!». Recordando la vergüenza que había pasado y la pintura deteriorada, propiedad no suya, sino de sus parientes, que nunca le habían hecho ningún mal, saltó hecho una furia y al instante sus manos rápidas destrozaron violentamente la ligera cubierta de la imagen.

La famosa *Odalisca* desnuda estaba completamente vestida en esta copia del famoso cuadro, por capricho del artista o de algún comisario. Una larga túnica blanca cubría todo su cuerpo desde la parte superior de sus hombros, y su sonrisa resultaba ser aún más despectiva; el consabido esclavo hacía el otro trabajo, ofreciendo un aguamanil en lugar de ropa. Gruñendo, Vadim saltó del diván y se apresuró a salir del atardecer ensordecedoramente silencioso de la habitación.

Como si se tratara de una espantosa procreación de aquel silencioso atardecer, como una de las telúricas deidades vengadoras que emergen de la noche, la voz crepitante del conde Félix como una reminiscencia de la terrible conversación de la víspera, poco después de que Vadim fuese descubierto en aquella actitud, con los pies en el sofá, en la salita, mientras hacía algo con la ayuda de su cortaplumas en los ojos de la señora Récamier de la réplica de su retrato de François Gérard, sonaba en sus orejas enrojecidas: «...¡Vadim! ¡Vadim Korsak! ¡Estimado señor! ¿Cuál es la excusa para su mal comportamiento? ¡Annette y yo estamos esperando una explicación! La pintura ha sido comprada hace poco, pero no es la pérdida lo que me preocupa. Nos inclinamos a considerar su estado físico como una pérdida temporal de la cordura más que como una afrenta deliberada...»

En la inerte antesala, vio a Mitrich cómodamente echado sobre una gran cómoda y roncando, Vadim sintió repugnancia. «¡Maldita sea!... ¡Malditas cortinas y cuadros! ¡Malditas sean las habitaciones atiborradas y demenciales!». Se puso el abrigo y el gorro y salió corriendo.

—Oh... ¡Hola! ¿A dónde va? Yo, anoche...

Sonriendo, con un gran abrigo y el gorro cubierto de nieve por todas partes, Lodie Chartoborsky estaba frente a la entrada, aplaudiendo con las manos enguantadas y comenzando su relato sin prestar atención a la mirada disgustada de su amigo.

### III

A la tenue luz de la farola, Vadim se sonrojó y empezó a palidecer de nuevo a medida que la narración de su amigo se hacía más y más poliédrica, y la realidad desmenuzada, hecha pedazos, comenzó a resonar y a recomponerse.

—Mi nota ha tenido efecto —dijo Lodie en voz alta y jactanciosa, y Vadim le escuchaba, envidioso—, ¿Alguna vez se ha fijado en su figura? Va a cumplir dieciséis años, y el príncipe Borislav Aldan-Ussuri, con quien me relaciono, dice que... —Estaba clarísimo que a Lodie se le daban mejor los asuntos amorosos que las matemáticas o la historia, mejor que a ninguno de los compañeros de Vadim, y Vadim creía todas las historias de Lodie sobre sus refinadas aventuras. —... entonces dijo ella: «Momentos de pura dicha. Puedo sentir mi feminidad cada vez más húmeda y caliente. Oh, muchacho, ¿qué puede hacer una jovencita, sino recostarse y exhalar...?»

El año pasado, Lodie le contó un romance apasionado con una mujer casada y mayor que él, cuyo nombre mantuvo en secreto. Tuvo más de un encuentro con la señora, y después de que ella se fuera al extranjero, Lodie le mostró a Vadim una nueva inscripción en su reloj de bolsillo, sobre el centro de la cubierta de oro macizo, en lugar de iniciales o palabras, estaban grabados los enigmáticos números: « $3 \times 4 = 12$ ». Impresionado e intrigado, Vadim no preguntó, aunque no estaba seguro del sentido exacto de la inscripción, y Lodie tampoco lo explicó, pero Vadim imaginó que se trataría de una aritmética amatoria que debía impresionar a una persona sin experiencia como él.

—Ella cautivó mi boca con la suya. Sus besos tan dulces, tan provocadores y tan placenteros mientras me movía dentro de ella. Nuestros gemidos se entrecrocaban y se mezclaban hasta que no pude diferenciar en mis oídos lo que era ella y lo que era yo. Jadeaba, sentía temblar mi cuerpo. Mi mente daba vueltas mientras mi cuerpo llegaba al clímax una y otra vez... —entonces Lodie reparó en Vadim—. Ahora escuche esto. Acompáñenos en la cena. Tengo un carruaje cerca. Vamos ahora mismo...

Vadim recordó sus problemas financieros. Tenía solo cinco rublos en el bolsillo, que era todo el dinero para esa noche y hasta el regreso de su tío, y este hecho lo detuvo; además, se temía acabar actuando de carabina acompañando a la pareja de amantes, por lo que finalmente se negó a ir con su amigo a ver a una mujer.

Lodie sacó su reloj de bolsillo. Si se marchaban al teatro, podrían ver el final del segundo acto del ballet *El triunfo de Galatea*, cuando la señorita Lavelle volaba en su última pirueta hacia el lateral rosa de la escena y las chicas del cuerpo de ballet sonreían a sus admiradores; estaba bien; pero Lodie, aquella joven e inquieta criatura, conocedor de la agitada vida nocturna de las vacaciones de invierno, recordó un espectáculo que iba a tener lugar en el cercano Red Pub esa noche, en cuanto los amigos tomaron un taxi.

## IV

El Red Pub, un viejo antro en el antiguo sótano de un gran edificio de apartamentos, famoso desde los tiempos de Pedro el Grande, estaba bien iluminado, era cálido, muy concurrido y lleno de humo.

Un grupo de estudiantes borrachos comenzó a cantar sin mucho éxito una canción latina mientras que el pequeño grupo de músicos gitanos —una guitarra, dos violines, tambor y arpa— tocaba algo discretamente en el pequeño escenario de la pared oeste cuando Lodie y Vadim entraron, bajando las escaleras.

Sé feliz ahora, porque nada queda...  
¡Nuestras dichas y nuestras desgracias son breves!  
El destino caprichoso tiene muchas veredas...  
¡A veces alegran, a veces duelen!

Era una especie de cabaret nocturno —primero una actuación musical y luego un espectáculo o una sesión de algo nuevo e increíble— por eso, en cuanto el pub se llenaba, el dueño del bar trataba de apaciguar a la clientela más rebelde o ruidosa, repartida en sillas o bancos de largas mesas, bebiendo o esperando bebidas. Mientras se quitaban los gorros y se desenguantaban las manos, Vadim y Lodie solo encontraron asientos libres en un banco de una mesa, debajo de una de las bóvedas de la pared este. Bajo las lámparas de aceite, Vadim veía gente bien vestida y olía refinadas fragancias. Al mirar alrededor, una elegante dama llamó su atención.

Una dama con un sombrero de plumas blancas y negras. Desabrochó la fíbula de su abrigo de piel a la altura del escote y dejó ver un collar tan grande y resplandeciente que sería digno de una reina de diamantes, y más aún, dejaba ver que era aparentemente muy esbelta. Su tez blanca, la deliberada artificialidad de sus labios brillantes y ásperos y sus ojos festivamente decorados la hacían parecer una muñeca viviente que ignoraba la atención de los demás. Lodie dijo en voz baja:

—Puede que esté después del espectáculo de ballet, puede que con alguien... *Une pâlote efflanquée...*

Lodie también miraba a la dama desconocida. Y Vadim reconoció la sonrisa, la que ella desplegabá, esa misma maldita sonrisa indiferente —como un fantasma burlón que podría disiparse en cualquier momento—, y sonrió al fantasma, sonrió a lo perdido, sonrió al recuerdo, cuya naturaleza la mujer acababa de revelar. Por muy bello que fuera ese fantasma, la sonrisa significaba convencionalismo, esclavitud, engaño, negación de su amor por ella poniendo así grilletos a su corazón, porque sus ojos parecían mirar a la oscuridad sin ver nada. Lodie estaba susurrando algo en el oído de Vadim tan excitado que un tipo cercano resopló y acercó el oído. Vadim decía:

—Ya está bien, ya está bien... por favor, relájese.

Mientras tanto, la pequeña orquesta gitana había empezado a tocar más fuerte o, mejor dicho, se iban acercando desde la parte trasera del escenario, pero esto no impidió que Vadim oyera a los de al lado hablando aparentemente de la dama desconocida.

—Una mujer italiana. El conde Radziwil la ha traído a la ciudad.

—No. Esa es gorda.

—Ha perdido peso.

—¿Para qué?

La razonable respuesta hizo que los dos estallaran de risa.

La risa creó una extraña vibración en la mesa; a Vadim le pareció que los humanos podían convertirse en fantasmas risueños y volar en busca de un respiradero por debajo del techo; pero Lodie y él consiguieron sus bebidas, y cualquier fantasía del momento desapareció.

Las paredes del pub estaban decoradas con pequeños retratos ovalados de cada uno de los emperadores rusos. Un tipo de la mesa, un caballero alto y curioso de mediana edad, miró el retrato del actual emperador, Nicolás I, sobre ellos, después al escenario y a la barra de la pared sur con sus mesas cercanas, y comenzó a hablar con su compañero:

—Red Pub. El rubor de sus caras explica este nombre. Por cierto, ¿sabían, caballeros, que el conde Orloff visitó este pub para tomar una copa, al menos una vez, hace sesenta y siete años, en la larga noche anterior a la ascensión de su emperatriz al trono? Tal vez nuestra mesa fue tomada por el conde, o lo más probable es que tomara su vaso de vodka, de pie, con prisa. A propósito, el rey de su señoría nació hace sesenta y siete años —mirando a sus compañeros de mesa, dio una resonante palmada en la parte superior de la mesa y miró a su compañero, a quien había llamado «su señoría».

Olisqueando su propia copa —vino rosado— Vadim miró a su señoría, aquel joven bien vestido de pelo rubio repeinado. Un chaleco dorado de *peau de soie*, sus botones abulones nacarados, un pasador de corbata de diamantes y unos impertinentes de marfil se veían en los interiores de su abrigo desabrochado con remate de calabar, pero no era su ropa lo que delataba el origen extranjero del joven. Su tez demasiado fresca; incluso después de que su cara enrojecida por el viento volviera a su color normal, su mirada demasiado joven, sus ojos azules demasiado brillantes; su mano blanca y bien cuidada, sus uñas algo afiladas, y su dedo meñique izquierdo adornado con un anillo de oro y piedra negra —estos detalles del desconocido rubio eran demasiado llamativos para pasar desapercibidos.

Una voz dijo en voz alta y amistosa:

—¡Caballeros, silencio, por favor!

El dueño del pub, un hombre grande con chaqueta y pantalones holgados que jadeaba, pasó con una bandeja en las manos.

—Rozamira cantará *Wondrous Moment*, la última canción, tan hermosa.

El tipo alto y curioso dijo amigablemente:

—¡Naturalmente, Herr Kessenich! ¿Cómo está la señora Kessenich? Dele saludos...

El dueño del bar enderezó su corbata suelta.

—Mi esposa está muy bien, gracias, señor Knabbe. No peleen esta noche, por favor, señores.

El desconocido de nombre alemán, Knabbe, era mayor que su amigo rubio, más bien de mediana edad, con el pelo rizado y visiblemente teñido de marrón rojizo y las manos grandes y fuertes. Sus ojos de párpados pesados parpadearon y sus delgados labios burlones sonreían irónicamente. No había nada siniestro en su aspecto masculino, incluso su bastón, con pomo en forma de cabeza de águila negra —hecho de ámbar negro, como se sabría más tarde— parecía poco habitual, aunque a veces sus modales eran los de un charlatán.

Los miembros de la pequeña orquesta se sentaban en sillas, dejando espacio para tres gitanos que subieron al escenario haciendo reverencias y saludando a los amigos. El gitano anciano era muy obeso, y el más joven estaba tan delgado como un jinete; ambos iban bien vestidos y a la manera de su profesión y país: trajes de cuello rojos, chaquetas largas azules, galones rojos y felpas oscuras y holgadas metidas en botas altas; ambos tocaban la guitarra. Rozamira, la joven gitana cuyo pelo rizado era rojo por alguna razón, alisó el chal de cachemira sobre sus hombros, y comenzó a cantar en una agradable voz contralto:

Recuerdo el mágico instante  
apareciste ante mí  
como una fugaz visión  
como un genio de sublime belleza.  
En los tormentos de la desesperada tristeza  
en las zozobras de la ruidosa vanidad  
resonaba la ternura de tu voz  
y el sueño tus caros rasgos me mostraba...

El sencillo vestido de manga larga azul oscuro de la joven, el chal español, varios collares de coral alrededor de su cuello, la banda dorada en la cabeza y las cuentas doradas trenzadas en sus dos largos tirabuzones eran buenos accesorios para su original manera de cantar:

En la soledad y negrura del confinamiento  
mis días se arrastraban en silencio,  
ya sin inspiración y sin fe  
sin lágrimas, sin vida, sin amor.  
Mi alma despertó de nuevo  
y otra vez apareciste tú,  
como una fugaz visión,  
como un genio de sublime belleza.  
Y late embriagado el corazón  
Y resurgen de nuevo para él  
La inspiración y la fe,  
la vida, las lágrimas y el amor.

El último sonido de la canción desapareció, y el largo fleco de su chal se elevó al saltar del escenario para hacer su ronda pasando el plato.

## **Конец ознакомительного фрагмента.**

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.